



¡Libre para amar!

La muerte nos sorprende

Actualmente, la sociedad ha asumido una forma de vida y una actitud individualista que busca la felicidad, pero que lamentablemente la busca de una manera que, lejos de ayudar, causa un gran daño a la persona, a la familia y a la sociedad en general. Nos referimos al amor y al egoísmo; dos polos opuestos.



El amor no es sólo un sentimiento. Mucha gente piensa que el amor consiste en emociones muy fuertes; si bien es cierto que las emociones son parte de nuestra vida, no son el fundamento del verdadero amor. Éste consiste en buscar el mayor bien de los demás, sin esperar nada a cambio. Esa es la clase de vida y actitud que no

daña, pues no busca el beneficio propio, sino que respeta a las demás personas.

Cuando vemos a un padre que le dice a su hijo cuánto lo quiere, lo abraza, lo besa y juega con él, estamos viendo una expresión afectiva del amor. Pero también es muy importante la expresión práctica del amor, que se traduce en actos de respeto y cuidado hacia las demás personas. El amor incluye proteger a los más desvalidos e indefensos, como son los hijos.

El amor en casa se demuestra en hechos sacrificiales. Muchas veces los padres se privan de muchas cosas con el propósito de cuidar, proveer y proteger a los hijos para que tengan una formación integral y para que el día de mañana puedan agradecer a sus padres.

Por otro lado, existe también el egoísmo. Una definición muy sencilla de egoísmo es un inmoderado y excesivo amor a sí mismo, que hace atender desmedidamente al propio interés sin cuidar el de los demás. Una persona egoísta solamente está pensando en sí misma, está muy preocupada por cómo se siente y por tener cubiertas todas sus necesidades personales. Debido a esa forma de vida se descuida el bienestar de los demás.

En busca de la felicidad

Los seres humanos tenemos derechos individuales que podemos exigir que se respeten para nuestra integridad y bienestar. Es importante que haya un equilibrio para que esos derechos, como el derecho a la felicidad, no se busquen destruyendo la felicidad de otros.

Lo opuesto del amor no es realmente el odio, como mucha gente piensa. Si tomamos la definición sentimental del amor -querer a alguien-, entonces su antónimo es el odio -no querer a alguien-. Pero el amor práctico, que busca el mayor bien de los demás sin esperar nada a cambio, tiene como contrapuesto el egoísmo, porque éste último busca sus propios intereses sin respetar a nadie.

Hoy vivimos en una sociedad que invita a vivir de forma egoísta, lo cual consiste en una vida individualista, sin considerar a los demás; vivir buscando la máxima felicidad, sin importar el costo ni el cómo.

Hay muchas formas de pensar, creencias y tendencias, pero una forma de pensar que se está cultivando en la sociedad se ve reflejada en las siguientes frases: “nada es bueno o malo en sí mismo”, “nada es completamente cierto o falso”, “todo depende de la perspectiva, depende del cristal con que se mira”.

La verdad única y absoluta ya no se concibe como antes. Hoy se aceptan muchas verdades que en el fondo encierran muchas mentiras. Se nos trata de convencer que en estos tiempos no hay porqué obedecer las reglas y las normas. Existe una negación contra toda ley, norma o doctrina que atente contra la felicidad individual.

Al buscar la felicidad de una manera individual se quiebran muchas leyes y normas establecidas que dañan a terceros. En su afán y búsqueda el ser humano está dañando incluso a sus seres más queridos, aquellos hacia quienes dice sentir un gran afecto y cariño.

La gente, al pensar que nada es bueno ni malo en sí mismo, empieza a perder sus criterios morales y a quitar todas esas estructuras de valores que ha recibido a lo largo de su vida. Comienza a dejarse influenciar por lo que dice la sociedad, por lo que dicen

los medios de comunicación, etc. Entonces, se pierde la noción de los valores innatos que todo ser humano posee.

El vivir de manera egoísta trae consecuencias muy fuertes y terribles. La persona que vive de esta forma va a afectar tanto a su propia persona, como a su familia, amigos y seres queridos.

Destruyendo la conciencia

Parece irónico que una persona que se esfuerza en buscar su felicidad, pueda hacerse daño a sí mismo. La verdad es que esto no pasa de manera conciente, las personas realmente quieren ser felices, lo cual no está mal, pero buscan su felicidad de manera equivocada; quieren ser felices a toda costa y no se dan cuenta que la real y verdadera felicidad no consiste en acumular riquezas, disfrutar de los placeres más intensos o tener todo lo que este mundo ofrece.

La verdadera felicidad consiste en amar a los demás, consiste en darse, en ser responsable, en hacer felices a otros. Y en esa felicidad la persona puede ser feliz, la persona encuentra paz, satisfacción y una conciencia que aprueba todas las cosas que hace porque las hace buscando el mayor bien de los demás.

El egoísmo destruye la conciencia. Todas las personas tenemos una conciencia, que es como un juez que nos dicta cómo debemos hacer las cosas y nos dice si nuestras acciones son correctas o no. La conciencia es como una norma en la que están establecidos todos los parámetros con los cuales nacemos.

Por ejemplo, todos sabemos que mentir está mal, es algo innato; todos sabemos que robar y agredir a una persona está mal; todos nacemos con ese entendimiento de lo que es bueno y lo que es malo. Pero esos parámetros originales se empiezan a alterar por la influencia de la misma sociedad y por las actitudes y decisiones de la persona.

Los valores de las personas empiezan a cambiar hasta llegar al punto en donde a lo malo le llaman bueno y a lo bueno le llaman malo. En esa búsqueda egoísta de la felicidad, las personas hacen cosas que van en contra de su conciencia.

Todos sabemos que las cosas hay que ganárselas honestamente. Imaginemos al joven que está a punto de presentar un examen y no puede o no quiere estudiar. Su conciencia le muestra al joven que debe estudiar para pasarlo, que lo correcto es que se

esfuerce para alcanzar su meta. Entonces, el joven hace trampa, hace “acordeones” y, una manera oculta, saca las respuestas y las copia.



Después de obtener una calificación aprobatoria, siente un descanso y una satisfacción y se dice: “Bueno, aprobé, pasó el problema, ya me tranquilizo”. En este caso, él sabe perfectamente que no hizo lo correcto.

De hecho, en algunas encuestas que se han hecho con jóvenes en donde se les pregunta sobre este tipo de actitudes, ellos dicen: “Es cierto, no es del todo correcto, pero es válido porque debemos aprender a sobrevivir en esta vida, debemos aprender a vencer los obstáculos”.

Estos comentarios denotan cómo, a edades tempranas, ellos empezaron una vida de corrupción violando sus principios morales. Su conciencia les dicta que eso no está bien, pero no hacen caso, lo que buscan es su propia felicidad, su propio interés; en lugar de estudiar quieren irse a la fiesta o con el novio(a). Viven de una manera egoísta, no les importa engañar al maestro, a sus padres o a la sociedad; ellos quieren pasar a como dé lugar.

El futuro del egoísmo

Pensemos en el niño que sabe que está mal decirle una grosería a otro, pero aún así se la dice. Quizás su conciencia le acusa, pero él dice la grosería porque le cae mal el otro niño y en lugar de pasar por alto ese sentimiento, prefiere satisfacer su coraje.

Lamentablemente muchos niños aprenden esto en casa porque papá y mamá también dicen groserías. Esto ayuda a que la conciencia se apague más rápidamente y luego pasa de la agresión verbal a los golpes. Al principio, al niño tal vez le daba vergüenza, pero después hasta le es motivo de orgullo, ya que sus compañeros lo ven como alguien dominante, como alguien que manda.

El niño crece así y se convierte en un joven con una conciencia acallada, no se da cuenta del daño que causa a las demás personas, o peor aún, se da cuenta que hace cosas incorrectas, que no pasa nada, no hay consecuencias y se habitúa a esa forma de vida. Entonces, vive con parámetros muy desviados.

No existe el respeto hacia las demás personas y los principios que tenía han desaparecido.

Cuando el joven busca un noviazgo, su conciencia le puede decir que tenga cuidado con esa relación y la cuide. Pero la sociedad lo presiona a que tenga relaciones sexuales, porque es lo normal para ser feliz y él empieza a experimentar.

Si al principio le daba pena tomarle la mano a una joven, salir con ella y platicar; tarde o temprano derriba esos límites e ignora la conciencia que le dice que no está bien y empieza a besarla, a tocarla y comienza una vida sexual activa. ¿Qué es lo que busca? Su placer y felicidad personal. No piensa en el daño que le puede causar a la joven si la deja embarazada, si le destruye la vida o si le trae alguna enfermedad.

Claro, después de tener relaciones sexuales vive con una conciencia manchada y una sensación de culpabilidad. “Hice mal, no está bien, y ¿si sale embarazada? ¿Y si pasa esto o lo otro?”. Pero finalmente pasan los días y no se ve ningún problema, él ya obtuvo lo que quería, su conciencia se acalla y su razón se apaga.

Cuando ocurre un embarazo, el joven desaparece de la escena. La joven se queda sola y sin un respaldo, queda abandonada con una criatura con la cual no sabe qué hacer porque no está preparada para tenerla. Muchas de ellas tienen que enfrentar a unos padres molestos e indignados; ellas terminan en la calle y los niños quedan sin atención. Otras son aceptadas en la casa pero no tienen la capacidad de educar al niño.

La falta de amor en la familia

Muchos viven de una manera inmoral y sólo piensan en su placer. Algunos cometen adulterio porque piensan únicamente en su felicidad, porque la otra persona está más joven y más bonita. Los padres no piensan en el daño que pueden causarle a la esposa y a los hijos con esa traición al pacto matrimonial. No están pensando en la felicidad de su familia; realmente no la aman.



Lamentablemente, en la sociedad están ocurriendo muchos divorcios, a veces por cosas muy simples y suceden porque cada quien busca lo suyo propio.

Las parejas no entienden que se casaron para buscar el mayor bien de la familia, no el suyo. Por eso los matrimonios fracasan, porque se casan pensando en su propia felicidad y no en la del otro, porque no saben amar.

Un padre de familia que comete un adulterio muestra una falta de amor por su esposa, por mucho que diga que la quiere. “Es que tú tienes la culpa, tú no me das lo que yo quiero, tú no haces lo que yo quiero”, son algunas frases de personas adúlteras.

Hay mujeres que después de un golpe o una bofetada, van y se meten con otro hombre y luego le dicen al esposo: “Es que tú tuviste la culpa, tú me pegaste”. Obviamente él está mal y no le tuvo amor, pero la mujer tampoco lo amó; pagó peor porque buscó venganza. Ninguno de los dos pensó en el otro, eso no es amor. Finalmente destruyen su matrimonio y los que más sufren son los hijos.

Muchas personas cometen adulterio en venganza, porque el cónyuge cometió previamente un adulterio. ¿En quién están pensando cuando cometen adulterio? ¿En sí mismos o en su esposa e hijos? Por supuesto que en sí mismos, sólo piensan en satisfacer sus deseos, se dejan llevar por sus sentimientos, no razonan ni aman. Pero la persona que se venga de esta manera no está perdonando ni pasando por alto la ofensa.

¡Qué terrible son esos hogares en donde el hombre llega borracho! La borrachera se ha convertido en sinónimo de ser hombre o ser ‘macho’. Los hombres se sienten mejores, se sienten más hombres; tienen un falso concepto de dignidad y valor personal. Toda la conciencia desaparece, no se entiende lo que es bueno y lo que es malo.

Consecuencias de vivir egoístamente

No hace mucho hubo una encuesta en la ciudad de México en la que se le preguntaba a la gente qué pensaba de las personas que sabían robar y sacar ventaja de los demás. La respuesta fue increíble: un gran porcentaje de los encuestados decían que aquellos que sabían robar sin que los agarraran eran personas de éxito, que sí sabían cómo aprovechar esta vida.

Es impresionante, pues la gente empieza a perder el sentido de lo que es recto y correcto; estaba siendo aprobada una conducta delictiva. Esa forma egoísta de vivir lleva a destruir los valores morales. Obviamente,

a una persona que roba su conciencia le acusa al principio, pero conforme pasa el tiempo la persona se acostumbra a robar.

Siempre hay un temor a ser descubierto, pero el hecho de que la conciencia ya no le acuse y que él siga pensando que eso es bueno, denota su actitud egoísta: no piensa en el daño que ocasiona a los dueños de las cosas.

Además, la persona endurece sus sentimientos, se vuelve insensible a las necesidades y al dolor de los demás. No siente empatía, es decir, no siente esa identificación mental y afectiva de un sujeto con el estado de ánimo de otro. Cuando una persona es egoísta se vuelve cruel y despiadada, no entiende a las personas contra las cuales arremete.

El marido que comete adulterio no entiende porqué la esposa llora o porqué los hijos lo rechazan, no entiende el daño que causó e incluso le reclama a los demás: “Es que tú no me entiendes, no me dejas vivir a gusto, no me das libertad, me quieres tener amarrado”.

Entonces se molesta porque, según él, su pareja no lo entiende. A ese nivel llega una persona que vive de manera egoísta, hasta el punto de pensar que todos deben de soportar y aprobar su conducta. Por ejemplo, al dejar embarazada a una mujer en una relación sexual ilícita, el hombre dice: “Aborta al niño, no quiero problemas”. Ahí muestra su falta de compromiso y amor por los demás, sólo piensa en sí mismo.

Recuerdo el caso de un hombre que tenía esposa e hijas ya grandes. De pronto su esposa se puso enferma y las hijas empezaron a ayudar a su madre. El hombre se hartó después de unos meses y le dijo a su esposa: “¡Ya levántate de esa cama, ya no me atiendes!” Su esposa estaba muy mal y él no había hecho nada para ayudarla. Entonces decidió irse de la casa con otra mujer.

Esta persona sólo vio por su interés y como ya no obtuvo lo que quería, se fue. El quería ser feliz y no le importó el dejar enferma a su mujer y abandonar a sus hijas. Esa es la forma de pensar de la sociedad hoy en día: quitar todo lo que estorbe a la felicidad individual. Es placer contra dolor. Hoy la gente busca su felicidad a costa de provocar dolor a otros.

¿Cómo cambiar mi forma de vivir?

Una vez que una persona se acostumbra a vivir egoístamente, ¡qué difícil es cambiar de camino! El ser humano es un ser de hábitos y esos hábitos se obtienen a través de la práctica diaria. Los hábitos son parte de la vida y por eso es importante aprender buenos hábitos, porque si éstos son malos, serán un lastre para la persona y le afectarán durante toda su vida.

Una persona iracunda, que no sabe cómo calmarse tiene una conciencia que le acusa y le dice que está afectando a su familia. Pero él no puede cambiar, está habituado a esos arranques de ira, a estallar de esa manera porque fomentó esa actitud durante muchos años, sin pensar en el daño que causaba. Simplemente, expresa a los demás su coraje porque las cosas no se hacen como el quiere.

El aprender a hacer el bien cuesta. Por lo general, las personas no saben hacer el bien, tienen que aprender y habituarse, porque durante muchos años no hicieron lo que es correcto.

La familia también es afectada por el egoísmo. La persona egoísta no da amor, sólo espera ser amado. En el caso del adulterio, se afecta al cónyuge que ha sido fiel y se afecta a los hijos; en la fornicación, se afecta al joven o a la joven con alguna enfermedad de transmisión sexual o algún embarazo no deseado.

El egoísmo no permite ver la necesidad de los demás. En la sociedad, mucha gente tiene la oportunidad de ayudar a los más desvalidos y a la gente pobre, pero muchos piensan y dicen de los pobres: “Qué se pongan a trabajar, son flojos”, y no consideran que mucha gente no ha tenido las oportunidades que ellos.

Las personas se habitúan a la cerveza, al cigarro, a la mentira, a la codicia o a la inmoralidad sexual; de igual forma se habitúan a vivir egoístamente. Pero usted ya sabe que esa forma de vivir es egoísta y que no lo va a llevar a nada más que a una vida vacía y de culpabilidad.

También le provocará una sensación de haber desperdiciado el tiempo, de no haber hecho algo que edificara y de haber causado mucho dolor a sus seres



queridos. Más adelante usted verá que no hay lazos fraternales entre sus hijos y se quedará solo, porque no fomentó el amor con su familia. Usted sufrirá el egoísmo que sembró.

El antídoto para esto, ¡es amar! Es dejar de vivir para sí mismos y dejar de buscar el interés personal; es un cambio radical de actitud.

¡El amor es la solución!

Hay un texto de las Sagradas Escrituras que se encuentra en Hechos 20:35 y es un consejo: “Más bienaventurado es dar que recibir”. La palabra bienaventurado es afortunado, muy feliz y dichoso. El maestro Jesús, que con su vida nos enseñó la vida de amor, dejó estas palabras.

Hoy en día, la sociedad está viviendo al revés. La gente espera recibir y no dar, busca la felicidad satisfaciéndose a sí mismos y no ayudando a los demás. Jesús, cuya vida es muy brillante y que sigue siendo un ejemplo para la humanidad hasta el día de hoy, enseñó que era más feliz dar que recibir.

Él, si usted recuerda, siempre dio y se dio por los demás, ayudó a quienes se le acercaban, sanó a la gente, los alimentó y les dio palabras. Jesús vivió una vida de amor desinteresada y esa vida trae muchas bendiciones.

Es hora de cambiar de actitud, es hora de que cada una de las reglas de nuestras conciencias sean respetadas, porque son reglas de amor. El ser humano está diseñado para amar y ser amado. Cada principio y valor moral que tenemos innato dentro de nosotros mismos, es uno que nos lleva a amar a las personas, a respetarlas y cuidarlas.

En una vida de amor, tanto el que ama como el amado encuentran una plenitud que les da paz, bienestar y armonía. No olvide que el amor nunca cesa. El que en verdad ama nunca deja de amar, no importa las circunstancias y dificultades. Tampoco importan los sentimientos porque el amor no se basa en ellos, sino en compromisos. El amor se basa en una convicción de saber que debemos hacer lo correcto, es una disposición apoyada en la razón para buscar el mayor bien de los demás.

Si hoy la sociedad se dispusiera a amar, todos sus problemas se acabarían. Si el patrón respetara a sus empleados, les pagaría bien y respetaría sus derechos; si el hijo amara al padre, lo honraría, lo

respetaría y lo obedecería en todo; si el padre amara al hijo, lo cuidaría y lo educaría para ser hombre de bien.

Si el hombre amara a su esposa, no le sería infiel, la cuidaría y la protegería; si la mujer amara a su marido, le daría su lugar y lo ayudaría en todo lo que ella pudiera; si los jóvenes realmente amaran a sus padres y maestros, no andarían con groserías, ni copiando en los exámenes.

Si todos amáramos, se resolverían los problemas de este mundo. Los pobres serían ayudados por los que tienen para tener la misma calidad de vida que los demás. ¿Utopía? Tal vez. Pero la realidad es que el amor resuelve las cosas, el amor lo soporta todo, lo puede todo; al amor le gusta la justicia. La definición de amor que ofrece este mundo no concuerda con el concepto de amor que nos da Jesucristo.

Ing. Gilberto Sánchez

Esperanza para la Familia, A. C.

Tel. Lada Sin Costo 01-800-690-62-35

Apartado Postal #41 C.P. 64581 Monterrey, N.L.

Página Web: <http://www.esperanzaparalafamilia.com>

Correo Electrónico: info@esperanzaparalafamilia.com